

- "No, Linda, no" - Cerró los ojos esperando el golpe.

Pero no le pegó más. Volvió a abrir los ojos un momento después y vio que le estaba mirando. Intentó él sonreírle. De repente, ella le echó los brazos al cuello y le llenó la cara de besos.

A veces, durante varios días, Linda, no se levantaba. Permanecía en la cama, llena de tristeza. O bien bebía el líquido que le traía Popé, se reía a carcajadas, y se dormía. A veces, las náuseas la hacían arrojar. A menudo, se olvidaba de lavarle, y muchos días no tenían otra cosa para comer que tortillas frías. Aún se acordaba de sus terribles gritos la primera vez que encontró ciertos insectos en sus cabellos.

Sus momentos más felices eran cuando le hablaba de Allá Lejos.

- "¿De veras se puede volar cuando uno quiere?"

- "Sí, de veras". - Y le hablaba de la preciosa música que salía de una caja, de los divertidos deportes a que se podía jugar, de las cosas ricas de comer y beber, de la luz que surge apretando un aparatito que hay en la pared, de las imágenes que se podían oír, sentir y tocar al par que se las veía; de otra caja que producía agradables olores, y de casas rosadas y verdes y azules y plateadas altas como montañas, y de que todo el mundo era feliz y que nadie estaba nunca triste ni colérico, y que cada uno pertenecía a todos los demás, y de las cajas en las que se podía ver y oír cuando pasaba al otro extremo del mundo, de bebés en finos y limpios envases -todo muy limpio, sin mal olor, ni suciedad alguna-, y de las personas que nunca estaban solas, sino viviendo siempre juntas, alegres y felices, como durante las danzas de verano en Malpaís, pero mucho más felices, pues allí la felicidad era estable, siempre, siempre... La escuchaba horas y horas. A veces, cuando él y los otros niños estaban cansados de jugar, uno de los viejos del pueblo les hablaba, en la otra lengua, del Gran Transformador del Mundo, y de la larga lucha entre la Mano Derecha y la Mano Izquierda, entre la Sequía y la Humedad; de Awonawilona, que formó una espesa niebla, pensando una noche, y de esa niebla creó el Mundo: de la Madre Tierra y del Padre Cielo; de Ahaiyuta y Marsailema, los gemelos de la Guerra y del Azar; de Jesús y de Pukong; de María y de Etsanatilehi, la mujer que se torna joven; de la Piedra Negra en Laguna y de la gran Águila y de Nuestra Señora de Acoma. Extrañas historias, y más maravillosas aún porque se las contaban en el otro idioma, que no comprendía del todo. Tendido en su cama, pensaba en el Cielo y en Londres y Nuestra Señora de Acoma, y en las filas y filas de bebés en finos y limpios envases, en Jesús volando y en Linda volando, y en el gran Director de los Centros Mundiales de Incubación, y en Awonawilona.

Muchos hombres venían a ver a Linda. Los chiquillos empezaban a señalarla con el dedo. Con aquel lenguaje extraño decían que Linda era mala; dábanle nombres que él no comprendía; pero que comprendía que eran malos. Un día le cantaron una copla, repitiéndola muchas veces. Les tiró piedras. Le contestaron: una piedra puntiaguda le rasgó la mejilla. La sangre no cesaba de correr, llenóse de sangre.

Linda le enseñó a leer. Con un carbón de madera dibujaba imágenes en el muro: un animal sentado, un bebé en un envase; después escribía letras. EL NIÑO ESTÁ EN EL TARRO Y EN LA ESTERILLA DEL GATO. Aprendió pronto y fácilmente. Cuando supo leer todas las palabras que ella escribía en la pared, Linda abrió su gran maleta de madera y sacó de debajo de unos graciosos pantaloncillos rojos que no se ponía nunca un delgado librito. Le había visto antes a menudo. "Cuando seas mayor -le había dicho- podrás leerlo." Ahora, pues, ya era mayor. Púsose orgulloso. "Temo que no le encuentres interesante -dijo- pero es lo único que tengo." -Suspiró - "¡Si pudieses ver las hermosas máquinas de leer que tenemos en Londres!" - Se puso a leer: (*El acondicionamiento Químico y Bacteriológico del Embrión. Instrucciones prácticas para los trabajadores Betas de los*

Depósitos de Embriones.) -Necesitó casi un cuarto de hora para leer sólo el título. Arrojó el librito al suelo. "¡Estúpido libro!" -dijo, y se echó a llorar.

Los chiquillos seguían cantando su copla a Linda. A veces, también, refanse de él, por sus vestidos harapientos. Cuando se le rompían, Linda no sabía componerlos. Allá Lejos, decía, se tiraban los trajes viejos y se compraban otros: "¡Andrajoso, andrajoso!" gritábanle los chiquillos. "Pero yo sé leer, -decíase a sí mismo- y ellos no. Ni siquiera saben lo que es leer." Le era muy fácil, cuando pensaba en ello lo bastante, el imaginarse que no le importaba que se burlaran de él. Pidióle a Linda que le diese otra vez el libro.

Cuanto más le señalaban con el dedo los niños, más se afanaba en la lectura. Pronto logró leer de corrido todas las palabras. Aun las más largas. Pero ¿qué significaban? Preguntó a Linda; pero aun cuando ella le respondía, no sacaba gran cosa en limpio. Y generalmente no sabía ella qué decirle.

- "¿Qué son productos químicos?" -preguntóle.

- "¡Oh! materias como las sales de magnesio y el alcohol para hacer pequeños y encanijados a los Deltas y a los Epsilones, y el carbonato de calcio para los huesos y todo lo demás por el estilo."

- "Pero, ¿cómo se hacen los productos químicos, Linda? ¿De dónde proceden?"

- "No lo sé. Se les saca de frascos. Y cuando los frascos están vacíos, se manda a buscar otros al Depósito de Productos Químicos. Supongo que serán los del Depósito Farmacéutico los que los hagan. O si no los mandarían a buscar a la fábrica. No lo sé. Nunca trabajé en cosas de química. Mi tarea era ocuparme en los embriones."

Lo mismo ocurría con cuantas cosas le preguntaba. Linda parecía no saber nada de nada. El viejo del pueblo daba respuestas mucho más precisas.

- "La semilla de los hombres y de todas las criaturas, la semilla de Sol y la semilla de la Tierra y la semilla de los Cielos, es Awonawilona, quien las sacó de la Niebla del Crecimiento. El Mundo tiene cuatro matrices, y él puso las semillas en la más baja de las cuatro, y gradualmente las semillas empezaron a crecer..."

Un día (John calculó más tarde que debió de ser algo después que cumpliera los doce años), al entrar en casa, vio un libro, que jamás había visto, tirado por el suelo, en la alcoba. Era un tomo grueso, que parecía muy antiguo. La pasta estaba roída de ratones y algunas de sus hojas sueltas y arrugadas. Alzóle y leyó la portada; el libro se titulaba: *Obras Completas de William Shakespeare.*

Linda estaba echada en la cama, bebiendo a traguitos, en una taza, el repugnante y apuesto mescal. "Popé le ha traído", dijo. Su voz era pastosa y ronca, parecía la voz de otra persona. "Estaba en una de las arcas de la Kiva de los Antflopes. Creen debía estar allí desde hace cientos de años. Debe de ser cierto, porque lo he hojeado y me parece lleno de tonterías. Precivilizado. Pero podrá servir para que practiques la lectura." Echó el último trago, dejó el vaso en el suelo, dióse media vuelta, hipó una o dos veces, y durmióse.

Abrió el libro al azar.

*Vivir en ese lecho maculado
entre sudor hediondo, delectarse
con salaces coloquios y caricias
en el camastro inmundo... 1*

Las extrañas palabras penetraron en su alma, rugiendo como parlantes truenos; como los tambores de las fiestas del verano, si los tambores pudiesen hablar; como los hombres que cantan la Canción del Trigo, tan hermosa, tan hermosa, que hace llorar; como el viejo Mitsima pronunciando *mantranés* o fórmulas mágicas sobre sus plumas, sus bastones labrados y sus pedazos de piedra y hueso.- *Kiadla tsilu silokua. Kiai silu sli, silu-* pero mejor que los conjuros de Mitsima, porque estaban llenas de sentido, porque le hablaban a él; hablábanle de Linda maravillosamente y sólo a medias comprensiblemente, en terribles y hermosos conjuros; de Linda acostada y roncando, con la vacía taza por los suelos, junto al lecho; de linda y Popé, de Linda y Popé.

Odiaba a Popé cada vez más. Puede un hombre sonreír siempre y ser un villano. Cruel, traidor, rijoso, inhumano. ¿Qué significaban exactamente estas palabras? Sólo a medias lo sabía. Pero su fuerza mágica era muy grande, y continuaban rugiendo en su cabeza, y fue como si nunca hubiese antes odiado realmente a Popé; como si nunca le hubiese realmente odiado, pues nunca había podido decir cuánto le odiaba. Pero ahora poseía las palabras, aquellas palabras como tambores, como canciones, como *mantranés*. Las palabras, la historia de donde las tomó (no tenía para él ni pies ni cabeza, pero a pesar de todo era maravillosa, maravillosa), dábanle un motivo para odiar a Popé; y hacían más real su odio; hacían hasta al propio Popé más real.

Un día, cuando venía de jugar, la puerta de la alcoba estaba abierta, y los vio a los dos en la cama, dormidos, Linda blanca y Popé casi negro a su lado, un brazo alrededor del cuello de la mujer y la otra mano morena sobre sus pechos, y una de las largas trenzas cruzando la garganta como una serpiente negra que fuese a estrangularla. La calabaza de Popé y una taza, caídas en el suelo, junto al lecho. Linda roncaba.

Parecióle que su corazón había desaparecido, dejándole sólo un hueco. Se sintió vacío, vacío, y frío enfermo mejor, y con vértigo. Se apoyó en el muro para no caer. Cruel, traidor, rijoso. Como los tambores, como las canciones al trigo, como *mantranés*, las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. Tras el frío, sintió calor súbitamente. Sus mejillas ardían por la afluencia de sangre; la alcoba daba vueltas y ensombrecíase ante sus ojos. Rechinó los dientes. "Le mataré, le mataré", decía. Y, súbitamente, surgieron las palabras:

*Cuando duerma borracho, o sus furores,
o el placer incestuoso de su lecho... 2*

Las fórmulas mágicas estaban de su parte, la magia le daba las razones y lo impulsaba. Salióse y vino a la otra habitación. "Cuando duerma, borracho..." El cuchillo de cortar la carne estaba en el suelo, junto al hogar. Cogióle y volvió a la puerta, de puntillas. "Cuando duerma borracho, borracho..." Cruzó corriendo la alcoba, asestó e hirió. -¡Ay, sangre!-. Hirió otra vez,

1 Nay, but to live
In the rank sweat of an enseamed bed,
Stew'd in corruption, honeying and making love
Over the nasty sty...

2 When he is drunk asleep, or in his rage
or in the incestuous pleasure of his bed...
(Hamlet, III,3)

mientras Popé despertaba de su sueño, y alzó la mano para golpear de nuevo; pero sintió sujeta su muñeca, sujeta -¡ay, ay!-torcida. No podía moverse, estaba cogido en un cepo, y los negros ojillos de Popé, muy cerca, hincándose en los suyos. Él apartó los ojos. Había dos heridas en el hombro izquierdo de Popé. "¡Sangre, sangre! -gritaba Linda-, ¡sangre!" Nunca había podido sufrir la vista de la sangre. Levantó Popé la otra mano para golpearle, pensó él. Encogióse para recibir el golpe. Pero la mano sólo le cogió la barbilla, y volvióle la cara de forma que tuvo que mirar de nuevo los ojos de Popé. Mucho tiempo, horas y horas. Y de repente -no pudo impedirlo-, se echó a llorar. Popé rompió a reír "Vete", le dijo en las otras palabras, en las indias. "Vete, mi valiente Ahaiyuta."

Se fue corriendo a la otra habitación para ocultar las lágrimas.

"Ya tienes quince años -le dijo el anciano Mitsima, en el habla india-. Ahora ya te puedo enseñar a labrar el barro".

En cuchillas, a la orilla del río, trabajaban juntos.

"Lo primero de todo -dijo Mitsima cogiendo una pella de barro húmedo entre sus manos- vamos a hacer una lunita".

Aplastó el viejo la pella hasta volverla un disco, curvó luego los bordes, y la luna se convirtió en un cuenco.

Despacio y torpemente imitó los delicados movimientos del viejo.

"Una luna, un cuenco, y ahora una serpiente".

Mitsima redondeó otra pella de barro hasta hacer un largo y flexible cilindro, curvóle en redondo y púsole en el borde del cuenco.

"Otra serpiente. Y otra. Y otra".

Arandela tras arandela, Mitsima trabajó los costados del cuenco; primero era estrecho, luego se hinchó e hízole angosto hacia el cuello. Mitsima aplastó golpeó, acarició y raspó; y por fin acabóse, en la forma de un cántaro usual en Malpaís, pero de un blanco mantecoso en vez de negro, y blanco aún al tacto. Triste parodia del de Mitsima, se erguía el suyo al lado. Mirando ambos cacharros, se echó a reír.

"El próximo será mejor"- dijo, y se puso a humedecer otra pella de barro.

Labrar, dar forma, sentir sus dedos adquirir más maestría y más fuerza, producíale extraordinario placer.

"A. B. C. Vitamina D"-canturreaba mientras trabajaba-. "En el hígado hay grasa y en el mar bacalaoos...".

Y Mitsima cantaba también, una canción de la muerte de un oso. Trabajando todo el día, y todo el día estuvo lleno de una intensa y absorbente felicidad.

"Este invierno -dijo el anciano Mitsima- te enseñaré a manejar el arco."

Estuvo mucho tiempo delante de la casa; y al fin todas las ceremonias se terminaron en el interior. se abrió la puerta, y salieron. Kothlu venía el primero, con la mano derecha extendida y muy apretada cual si guardara una preciosa joya. Con su mano cerrada, e igualmente extendida, seguía Kiakimé. Caminaban en silencio, y en silencio, tras ellos, venían los hermanos y las hermanas, y los primos y los viejos.

Salieron del pueblo, atravesaron la mesa. Y al borde del barranco se detuvieron, mirando al Sol naciente. Kothlu abrió su mano. Un poco de harina de maíz blanqueó en la palma; sopló en ella, murmuró algunas palabras, y lanzó el puñado de harina blanca hacia el Sol. Kiakimé hizo lo propio. Entonces el padre de Kiakimé se adelantó y, blandiendo un bastón litúrgico adornado de plumas, recitó un largo rezo, y lanzó el bastón tras la harina de maíz.

"Se ha terminado -dijo el anciano Mitsima en voz alta-. Ya están casados."

-Bueno -dijo Linda cuando se marcharon-, lo que me parece es que hacen muchos remilgos para nada. En las tierras civilizadas, cuando un muchacho desea a una chica, se limita a...Pero, ¿a dónde vas, John?

No hizo caso a sus llamadas, y echó a correr lejos, lejos, a cualquier sitio donde pudiera estar solo.

Se ha terminado. Las palabras del viejo Mitsima repetíanse en su alma. Terminado, terminado...En silencio, desde muy lejos, pero violenta, desesperada, desesperanzadamente, había amado a Kiakimé. Y ahora se había terminado. Tenía dieciséis años.

Con la luna llena, en la Kiva de los Antílopes, iban a decir secretos, iban a producirse y a recogerse secretos. Los muchachos entrarían en la Kiva para salir hechos hombres. Todos los chicos estaban atemorizados e impacientes al mismo tiempo. Llegó al fin el día, Púsose el Sol y alzóse la Luna. Fue con los otros. Los hombres estaban de pie, sombríos, a la entrada de la Kiva; la escalera se hundía en las profundidades iluminadas de rojo. Ya los primeros muchachos habían empezado a bajar, y, de pronto, uno de los hombres le cogió del brazo y sacóle fuera de las filas. Záfose y se escurrió a su sitio entre los demás. Esta vez el hombre golpeóle y le tiró del pelo.

"¡Esto no es para ti, peliblanco!" -dijo otro. Los chicos se rieron-. "¡Vete!" -Y como se hiciese el remolón al final del grupo-. "¡Vete!" -gritaronle de nuevo los hombres. Uno de ellos agachóse, cogió una piedra y se la tiró-. "¡Vete, vete, vete!"

Hubo una lluvia de piedras. Ensangrentado, huyó en las tinieblas. De la Kiva iluminada de rojo llegaba el ruido de los cánticos. El último muchacho descendía por la escalera. Estaba solo.

Solo, fuera del pueblo en la desnuda llanura de la mesa. Semejaba el peñasco blancuzcas osamentas bajo la luz de la Luna. Allí abajo, en el valle, los coyotes ladraban al astro de la noche. Le dolían aún las contusiones, que le sangraban todavía; pero no sollozaba de dolor, sino porque estaba solo, porque había sido echado él solo a aquel espectral mundo de peñascos y claro de luna. Se sentó al borde del precipicio. La luna estaba tras él; miró hacia abajo, hacia las negras sombras de la mesa, en las negras sombras de la muerte. Sólo había que dar un paso, un saltito... Alzó su mano derecha en la luz de la Luna. Del corte de su muñeca corría sangre aún. Cada varios segundos, caía una gota, oscura, casi sin color en la luz muerta. Una gota, otra gota, otra gota...Mañana, y mañana, y mañana...

Había descubierto el Tiempo, la Muerte y Dios.

-Solo, siempre solo -decía el joven.

Estas palabras despertaron un quejumbroso eco en el alma de Bernard. Solo, solo...

-Yo también -dijo en un raptó de confidencia-. Terriblemente solo.

-¿También usted? -John miróle extrañado-. Yo creía que Allí Lejos...Linda me decía siempre, que nadie estaba allí nunca solo.

Bernard enrojeció, molesto.

-Verá usted -dijo farfullando y desviando los ojos-, creo que debo de ser algo diferente de la mayoría de las personas. Si uno ha sido decantado diversamente...

-Justo, eso es. -El joven asintió con una inclinación de cabeza- Si uno es diferentes es fatal que esté solo. Y le tratan mal a uno. ¿Sabe usted que me han echado de todas partes absolutamente? Cuando los otros muchachos iban a pasar la noche en las montañas, es decir, cuando se debe ser en sueños el animal sagrado de cada uno, no me dejaban ir con los otros; no han querido decirme ninguno de los secretos. Yo lo he hecho por mi cuenta -añadió-. No he comido nada durante cinco días, y entonces he ido solo, una noche, a las montañas, allí. -Y las señaló con el dedo.

Bernard sonrió con actitud condescendiente.

-¿Y soñó usted algo? -preguntó.

El otro afirmó con la cabeza.

-No hay para qué decirlo. -Quedó un momento en silencio; luego, en voz baja.

-Un día -siguió- hice algo que los otros no habían hecho nunca. Estuve de pie contra una roca, a mediodía, en verano, con los brazos extendidos, como Jesús en la cruz.

-Y ¿para qué?

-Quería saber lo que era estar crucificado. Colgando allí, al sol.

-Pero ¿por qué?

-¿Por qué? Bueno....-dudaba-. Porque creía que debía hacerlo. Si Jesús pudo soportarlo.... Y, además, si uno ha hecho algo malo....Por otra parte yo era desgraciado; ésta era la otra razón.

-Me parece un curioso modo de curar su infelicidad -dijo Bernard. Pero, reflexionándolo, determinó que, después de todo, era bastante razonable. Mejor que tomar *soma*.

-Me desmayé al cabo de algún tiempo -dijo el joven-. Y me caí boca abajo. ¿No ve usted la cicatriz de la herida que me hice?

Apartó de su frente su espesa cabellera rubia. La cicatriz veíase pálida y arrugada, en la sien derecha.

Bernard miróla y luego, rápidamente, tras un leve escalofrío, apartó los ojos. Su acondicionamiento habíale hecho no tan compasivo como extremadamente delicado. La mera alusión a enfermedades o heridas, le era no sólo espantable, sino también repulsiva y sobre todo molesta. Como la suciedad, las deformidades, la vejez. Cambió apresuradamente de conversación.

-¿Le gustaría venir a Londres con nosotros? -preguntó, realizando la primera maniobra de una campaña cuyo plan estratégico había comenzado secretamente, desde el momento en que había supuesto, en la casucha, quién debía de ser el padre del joven salvaje-. ¿Le gustaría?

El rostro del joven se iluminó:

-¿Habla usted en serio?

-Desde luego; claro que si puedo lograr el permiso.

-¿También Linda?

-Bueno...

Dudaba. Aquella repugnante criatura. Imposible. A menos, a menos...Ocurriósele de repente a Bernard, que precisamente el ser tan repugnante podía ser algo inapreciable para sus planes.

-Claro que sí -gritó, compensando sus primeras dudas con un exceso de ruidosa cordialidad.

El joven aspiró profundamente el aire.

-Pensar que va a realizarse lo que he soñado toda mi vida. ¿Recuerda usted lo que dice Miranda?

-¿Quién es Miranda?

Pero el joven, evidentemente, no había oído la pregunta.

-¡Oh maravilla, maravilla! -decía, y sus ojos fulgían, y su rostro se coloreaba vivamente-. ¡Cuántas divinas criaturas aquí hallo! -La humanidad, ¡qué hermosa! Su tez se encendió aún más; pensaba en Lenina, ángel vestido de glutina verde-botella, reluciente de juventud y de cremas olorosas, gordezuela y que sonreía bondadosa. Su voz temblaba -¡Oh, magnífico mundo mundo nuevo...! -comenzó, pero súbitamente interrumpióse; la sangre había huido de sus mejillas; estaba pálido como el papel:

-¿Está usted casado con ella? -preguntó.

-¿Estoy que...?

-Casado. ¿Sabe...? -para siempre. Se dice "para siempre" en las palabras indias; y no puede deshacerse.

-¡No, por Ford! -Bernard no pudo evitar el reírse.

John rió también, mas por otra razón: reía de pura alegría.

-¡Oh magnífico mundo, mundo nuevo! -repetía-. ¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo, que tales seres tienes...! Partamos ya.

-Tiene usted a veces un modo singular de hablar -dijo Bernard, mirando perplejo al joven-. Y, de todas formas, ¿no sería mejor esperar y ver cómo es ese mundo nuevo?

CAPÍTULO IX

Crefa Lenina que, tras esta absurda y horrible jornada, le correspondía un absoluto descanso. Tan pronto como llegaron a la hospedería ingirió seis tabletas de *soma* de medio gramo cada una, tendióse en su lecho, y a la diez minutos habíase embarcado para una eternidad lunar. Harían falta lo menos dieciocho horas antes de que estuviese de vuelta al mundo real.

Entretanto, Bernard yacía pensativo, con los ojos abiertos en la oscuridad. Era ya bien corrida la medianoche cuando puso dormir. Medianoche corrida; pero su insomnio no fue estéril: tenía un plan.

Puntualmente, a las diez de la mañana, el ochavón uniformado de verde, bajó de su helicóptero. Bernard le esperaba entre las pitas.

-Miss Crowne ha tomado *soma* para descansar -explicó-. Difícilmente despertará antes de las cinco. Tenemos, pues, siete horas.

Tendría tiempo de volar hasta Santa Fe, despachar los asuntos que tenía pendientes y estar de nuevo en Malpaís mucho antes que ella despertara.

-¿Estará segura aquí sola?

-Como en helicóptero -respondió el ochavón.

Subieron al aparato y partieron. A las diez treinta y cuatro aterrizaban en la azotea de la Casa de Correos de Santa Fe; a las diez treinta y siete Bernard estaba en comunicación con el Despacho del Inspector Mundial en Whitehall; a las diez treinta y nueve hablaba con el cuarto secretario particular de Su Fordería; a las diez cuarenta y cuatro repetía su historia al primer secretario, y a las diez cuarenta y siete y medio la voz profunda y sonora de Mustafá Mond resonó en sus oídos.

O wonder!

How many goodly creatures are there here

How beauteous mankind is! O brave new world,

That has such people in't!

(Tempest, V.I.).